

“BIOGRAFÍA INTELLECTUAL, HISTORIA DE LA CULTURA ESCRITA E HISTORIOGRAFÍA EN COLOMBIA: A PROPÓSITO DE PEDRO MARÍA IBÁÑEZ TOVAR, 1878-1923”, presentación de Gabriel Samacá Alonso en el Seminario Interinstitucional “Historia Intelectual de América Latina”, El Colegio de México/UAM-Cuajimalpa/Universidad de Colima, 19 de septiembre de 2018. Queda prohibida su reproducción o cita sin autorización del autor.

BIOGRAFÍA INTELLECTUAL, HISTORIA DE LA CULTURA ESCRITA E HISTORIOGRAFÍA EN COLOMBIA: A PROPÓSITO DE PEDRO MARÍA IBÁÑEZ TOVAR, 1878-1923

GABRIEL SAMACÁ ALONSO
EL COLEGIO DE MÉXICO
gsamaca@colmex.mx

INTRODUCCIÓN

Hasta hace pocos años la historiografía en América Latina gozaba de escaso reconocimiento como un campo de investigación histórica propiamente dicho. Tal situación estuvo estrechamente relacionada con la manera como se practicaba la Historia de la Historia en nuestros países. En líneas muy generales, el método dominante correspondía al estudio biográfico de algunos de los principales historiadores o el análisis de las “representaciones” sobre determinado periodo histórico.¹En el caso colombiano, durante muchos años solamente tuvimos los recuentos que Jorge Orlando Melo realizaba sobre la historia nacional en los que dominaba una interpretación ideológica de las obras canónicas de la historia.²En buena medida, Melo y otros autores colombianos consideraban la Historia de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX como un producto directo de la lucha política partidista separando tajantemente la historia “amateur” de la universitaria.

Sin embargo, a finales de los años ochenta el panorama historiográfico comenzó a cambiar gracias al trabajo pionero de Germán Colmenares quien procuró estudiar las llamadas historias patrias.³El breve pero estimulante ensayo de las *Convenciones contra la cultura* ha generado dos valoraciones completamente antagónicas. Por un lado, Juan Maiguaschca subraya los alcances de las hipótesis de Colmenares al plantear la existencia, más allá de las fronteras nacionales, de una escritura de la Historia aparejada a la creación de las naciones en el siglo

¹ RIVAS, *Historiadores del siglo XIX*, passim., FLORES *Historiadores de México*, passim. Incluso, historiadores reconocidos han incurrido en este tipo de historiografía. Ver: GAZMURI, *La historiografía chilena*, passim.

² MELO, *Historiografía Colombiana*, passim.

³ COLMENARES, *Las convenciones contra la cultura*, passim

XIX.⁴En contraste, Sergio Mejía señala que, si bien las *Convenciones* pusieron sobre la mesa el tema desde una perspectiva crítica, su autor ofreció una interpretación sesgada que no le permite comprender las historias republicanas en su propia historicidad.⁵

Desde nuestra perspectiva y a propósito de la experiencia investigativa en curso, consideramos que una comprensión cabal de la escritura de la historia en el siglo XIX y la primera mitad del XX, pasa por su inscripción en la historia de la cultura escrita de las diferentes naciones en formación.⁶En tal sentido, autores de diferentes nacionalidades han asumido, con sus respectivas especificidades, la posibilidad de construir un enfoque que separe la historiografía de lo que puede entenderse como historia de las ideas, revaluada desde diferentes perspectivas.⁷De lo que se trata es de trascender preceptos arraigados e inconscientes en la práctica historiográfica entre los que se destacan la figura del historiador como genio que existe por fuera de cualquier condicionamiento social, la obra de Historia como un conjunto de ideas sin materialidad, la Historia como saber independiente de sus procesos y prácticas de lectura y escritura, así como de los medios, soportes, géneros, públicos y necesidades sociales que la han hecho posible.

Como resultado de la tesis doctoral que adelantamos sobre la trayectoria como historiador del médico y hombre de prensa bogotano Pedro María Ibáñez Tovar (1854-1919), nos hemos visto en la obligación de elaborar una serie de reflexiones sobre la escritura de la historia en el siglo XIX.⁸De esta forma, hemos considerado pertinente emprender un diálogo con la historia intelectual y de los intelectuales como estrategia general para llevar a cabo una biografía intelectual de un personaje secundario en el naciente campo historiográfico colombiano. En segundo lugar, definimos como ruta metodológica la historia de la cultura escrita en tanto permite

⁴ MAIGUASHCA, “Historians in Spanish”, pp. 463-487.

⁵ MEJÍA, “¿Qué hacer con las historias latinoamericanas?”, pp. 425-458.

⁶ En buena medida coincidimos con el “manifiesto” que hace Mejía sobre la operatividad de la noción de “historicismo americano” y la necesidad de elaborar una biblioteca continental con la historias fundacionales, menores, compilaciones documentales y obritas de uso escolar que se produjeron y circularon en el siglo XIX hasta mediados del XX. Ver: MEJÍA “La noción de historicismo”, pp. 246-260.

⁷ Para el caso colombiano, los autores y obras que han venido abriendo esta veta investigativa son: MEJÍA, *El pasado como refugio*, passim., y *La revolución en letras*, passim.; CARDONA, *Trincheras de tinta*, passim., BETANCOURT, *Historia y Nación*, passim., y *América latina: cultura letrada*, passim. En otros contextos, es necesario destacar el aporte de: ZERMEÑO, *La cultura moderna de la historia*, passim., WASSERMAN, *Entre Clío y la Polis*, passim., y BUSTOS, *El Culto a la nación*, passim.

⁸ Pedro María Ibáñez Tovar fue un médico bogotano reconocido por ser el autor de la primera historia de la Medicina en Colombia (1882-1884) y de las *Crónicas de Bogotá*, obra que contó con dos ediciones entre 1891 y 1923. Considerado como un autor “menor” en la escasamente conocida historiografía colombiana, es reconocido como uno de los animadores de la creación de la Academia Nacional de Historia en 1902. Un perfil biográfico, no exento de limitaciones, en: OCAMPO, “Ibáñez, Pedro María”, pp. 299-300.

pensar -desde nuevos ángulos- algunos problemas de la historiografía que se hallaban por fuera de los estudios tradicionales. Finalmente, el desarrollo de la investigación nos ha conducido a dos problemas específicos derivados del trasegar intelectual de nuestro personaje: la relación entre conocimiento histórico, prensa y formación de la opinión pública y el lugar de los formatos y los géneros en la escritura histórica.

HISTORIA INTELECTUAL, DE LOS INTELECTUALES Y LA OPCIÓN BIOGRÁFICA

Uno de los puntos de encuentro de la reciente historiografía sobre el siglo XIX es la distancia que toma de una historia de las ideas que obvia las condiciones sociales de producción, circulación y apropiación del conocimiento histórico. En sentido estricto, la historiografía que criticamos sí se reduce a un recuento de aquello que se dijo sobre el pasado sin importar los medios, las prácticas y las condiciones sociales concretas de la escritura de la Historia.⁹En otras palabras, es una historiografía de las grandes obras y sus respectivos autores pensadas como corpus coherentes. Por esta razón, hemos optado por aproximarnos a ciertos planteamientos de la historia de los intelectuales así como a determinadas premisas que la corriente contextualista de la historia intelectual acuñó desde hace varias décadas.¹⁰Para avanzar en esta dirección, definimos como estrategia la biografía intelectual como un camino que permite problematizar una relación impensada en este tipo de estudios, a saber, la relación autor-obra.

La historia de los intelectuales pone en un primer plano la condición encarnada y material de las ideas a través del estudio de los hombres y mujeres que crean, distribuyen y consumen productos culturales de manera socialmente determinada.¹¹Esta concepción amplia, que no repara en una definición ortodoxa de la categoría del intelectual en tanto reconoce su historicidad y formas concretas, se torna operativa al proponer la atención en tres aspectos: los itinerarios, las

⁹ Una síntesis sobre la historia de las ideas general en: DOSSE, *La marcha de las ideas*, pp. 181-187.

¹⁰ Sobre el tránsito de la historia de las ideas a la historia intelectual en: PALTÍ, ““Giro Lingüístico” e Historia Intelectual”, pp. 19-167 y DOSSE, “La historia intelectual”, pp. 17-54.

¹¹ La crítica a la ideología del genio creador, resultado ella misma de la consolidación de la figura del autor como propietario de los derechos sobre una obra concebida como producto original, se ha desarrollado desde diferentes posiciones. Una es la que representan los trabajos de Bourdieu que cifra su explicación en la dinámica del campo intelectual y la competencia por mayor capital simbólico entre los agentes, pero donde éstos no tienen mayor margen de maniobra. Otras perspectivas están representadas en las investigaciones de Charle, quien a través de la investigación empírica enfatiza en los anclajes sociales de los intelectuales franceses desde finales del siglo XIX sin dejar de lado los itinerarios particulares de letrados, profesores universitarios y otros tipos específicos de intelectuales. Por último, se encuentran los trabajos de Dosse, quien es partidario de la reconstrucción de los itinerarios de actores particulares en el marco de redes de sociabilidad. Ver: BOURDIEU, *Campo de poder, campo intelectual*, passim., CHARLE, *El nacimiento de los intelectuales*, passim., y DOSSE, *La marcha de las ideas*, passim.

generaciones y las estructuras de sociabilidad. En nuestro trabajo intentamos entrecruzar las diferentes posiciones que ocupó Ibáñez en determinados contextos culturales, la adscripción generacional que él mismo personaje se atribuyó y las relaciones que entabló con las generaciones anteriores y posteriores a la que perteneció. Igualmente, ponemos especial atención a los espacios, las prácticas y las redes de sociabilidad de los que participó nuestro personaje entre las que se destacan las revistas, los periódicos y las asociaciones de diferente índole.¹²

Por otra parte, la historia intelectual nos interesa en la medida que reflexiona acerca de la relación entre “las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer, de una manera que rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad.”¹³De este modo, procuramos reconstruir, a partir del caso de un autor de segundo orden o “menor”, la historia misma de la producción de las obras, las lecturas de que fueron objeto y los mecanismos que permitieron su distribución y circulación. Como han postulado Skinner y Fish, entre muchos otros, la determinación del sentido de una obra depende de los contextos de discusión que la posibilitan, las intenciones del autor y las formas de recepción de los públicos a los que estaba dirigida.¹⁴Con ello, evitaremos incurrir en lecturas anacrónicas de las producciones intelectuales que esperan encontrar una supuesta coherencia en el pensamiento del autor o influencias primigenias que explican su sentido.¹⁵

¿De qué manera podemos trasladar algunos de estos principios de enfoque al estudio de un personaje en particular y su producción historiográfica? La respuesta nos inscribe en la reciente revitalización de la biografía como camino legítimo para acceder a la comprensión de una época.¹⁶En principio, partimos del descentramiento del valor de la individualidad para

¹² DOSSE, *La marcha de las ideas*, pp. 11-123. Sobre las revistas como espacio de sociabilidad y constitución de redes intelectuales la bibliografía es prolífica. En la investigación tomamos como guía los trabajos de: PITA y GRILLO, “Una propuesta de análisis”, *passim*.; PITA, “Las revistas culturales como fuente”, *passim*., y GRANADOS, *Las revistas en la historia intelectual*, *passim*.

¹³ DOSSE, *La marcha de las ideas*, p. 14.

¹⁴ Una posición que enfatiza en el carácter socialmente determinado del significado de los textos donde no existe una libertad absoluta de los individuos y tampoco una restricción institucional total, es la de: FISH, “¿Hay algún texto en esta clase?”, pp. 217-236.

¹⁵ SKINNER, *Lenguaje, política e historia*, pp. 109-222. En este punto nos parece relevante considerar el llamado de atención de Skinner y la escuela contextualista acerca de las falacias en que incurre la historia de las ideas al abordar el estudio de las obras.

¹⁶ Muestra de este auge es la creación de la Red de Estudios Biográficos de América Latina (<http://biografiaehistoria.net>) y la publicación de varios números monográficos en revista de reconocido prestigio como *Ayer* (2014) bajo la dirección de Isabel Burdiel, titulado “Los retos de la biografía”, el número 50 de la revista

convertirla en un ejemplo o pretexto de un proceso colectivo mayor al poner el acento en la época y el medio social del que la individualidad emerge.¹⁷ Ahora bien, acometer una investigación biográfica, cualquiera que sea sus alcances y naturaleza, demanda tener en consideración dos riesgos fundamentales: la ilusión de coherencia y estabilidad de la vida y obra del biografado y la representatividad del personaje estudiado.¹⁸ En el mismo sentido, debemos ser conscientes de cómo la biografía se presta para narrar una vida a partir de recursos literarios, los cuales como advierte Bazant, deben estar controlados por la evidencia empírica especialmente cuando se abordan lapsos vitales de los cuales generalmente no hay muchas huellas como la infancia o la juventud.¹⁹

Parafraseando a uno de los especialistas literarios sobre la biografía nos preguntamos entonces: ¿Cómo se escribe una vida *intelectual*?²⁰ Desafortunadamente, las reflexiones sobre el género biográfico no abundan en cuanto al estudio de la vida y obra de los intelectuales. A pesar de ello, entendemos la *biografía intelectual* como el estudio sistemático de la producción intelectual de un personaje (su *obra*) sin supeditarla a los avatares de su vida personal o psicológica. La coherencia de la obra, si es que existe, estaría dada por las condiciones sociales, políticas, culturales y económicas del *autor* y, muy especialmente, por el campo intelectual en que se inscribe y cobra sentido su producción.²¹ En una investigación de esta naturaleza es necesario considerar los procesos y experiencias formativas, las redes de relaciones, las posiciones que ocupó en los distintos campos donde desplegó su actividad intelectual, los medios culturales que empleó para difundir sus ideas y la recepción de sus trabajos.²² El estudio de la obra se ha de realizar en sentido diacrónico para dar cuenta de la evolución del pensamiento del autor

Desacatos que se denominó “Biografía ¿Para qué?” (2016) y el número 100 de *Secuencia* (2018) Las revistas mexicanas en: <http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/issue/view/98/showToc> y <http://secuencia.mora.edu.mx/index.php/Secuencia/issue/view/113/showToc>

¹⁷ DOSSE, *El arte de la biografía*, pp. 183-220. En Colombia, esta concepción de la biografía modal también es apuntalada en un artículo clásico de: LOAIZA, “El recurso biográfico”, pp. 221-234.

¹⁸ BOURDIEU, “La ilusión biográfica”, pp. 74-83; LEVI, “Los usos de la biografía”, pp. 14-25; LORIGA, “La escritura biográfica”, pp. 120-144.

¹⁹ BAZANT, “Lo verdadero, lo verosímil, lo ficticio”, pp. 233-256, 251.

²⁰ HOLROYD, *Cómo se escribe una vida*, passim.

²¹ DOSSE, *El arte de la biografía*, pp. 377-426.

²² Aunque no se refiera estrictamente a las biografías intelectuales, subrayamos con Revel la importancia de situar al sujeto entre la trama “objetiva” de relaciones y el margen de libertad que tiene como agente inserto en toda configuración social. REVEL, *Un momento historiográfico*, pp. 226-227.

al tiempo que se requiere una lectura sincrónica que permita identificar los contextos culturales de emergencia y discusión.²³

La biografía intelectual supone una relación generalmente impensada pero cuya reflexión nos permite encontrar algunas claves metodológicas para avanzar en esta senda. Nos referimos a la díada del autor y la obra. Desde el análisis literario y la historia de las ideas se parte de una premisa que asume el escritor como un individuo aislado cuyas producciones son el resultado de la genialidad y la inspiración de las musas. Esta concepción del autor se convierte en el factor que resuelve las contradicciones e incoherencias que pueda presentar la “obra”, al tiempo que alude a planteamientos próximos a la evolución, la maduración o las influencias de los creadores intelectuales. Para esta perspectiva, la autoría se identifica con un nombre propio cuya principal función es convertirse en principio de unidad de un conjunto de textos que no tendrían más vínculo que la pertenencia a su sujeto. En pocas palabras, se confunde y traslapan la condición de escritor y productor con la figura del autor.²⁴

A la muerte de esta noción de autor Michel Foucault dedicó una famosa conferencia a finales de los años sesenta. Para éste pensador lo que existe desde el siglo XVII es la función autoral que trasciende los individuos para convertirse en un elemento de las formaciones discursivas. Una de las principales funciones de esta condición, eminentemente social e histórica, reside en la clasificación y organización de textos dispersos a partir de relaciones de homogeneidad, filiación o autenticación. La función-autor también sirve para caracterizar un cierto modo de ser del discurso en la medida en que cada sociedad determina cómo debe ser recibido. Es decir, el autor otorga un estatuto a los discursos que deben ser portadores de tal función. En suma, la condición autoral no se realiza por la atribución espontánea de un discurso a su productor sino que se halla vinculada a un sistema jurídico, institucional y a las posiciones que pueden ser ocupadas por diferentes individuos.²⁵

En su constitución histórica, la figura del autor provee de autoridad a los textos a través de un complejo de operaciones que involucra o supone instancias de reconocimiento, crítica y consagración. A medida que se propagó la cultura impresa, el sujeto que era convertido en autor comenzó a distinguirse del escritor por cuanto entró a formar parte de una esfera pública a través

²³ SCHORSKE, *La Viena de fin siglo*, p. 19.

²⁴ FOUCAULT, “¿Qué es un autor?”, pp. 341-343.

²⁵ FOUCAULT, “¿Qué es un autor?”, pp. 329-360.

de la impresión de sus escritos.²⁶De acuerdo con Chartier, la constitución de esta figura demandó la conjunción de tres procesos entrecruzados: 1. La figura del autor se originó en la responsabilidad penal por aquello que se decía y que circulaba; 2. La creación de regímenes de propiedad de los textos resultantes de la relación entre los editores y los creadores y 3. La progresiva separación del patrocinio y mecenazgo para la publicación de las obras hacia el predominio de los mecanismos de mercado que le permitieran al autor vivir de la pluma.²⁷

Dentro de los procesos y prácticas que dieron forma a la figura del autor cabe resaltar una serie de relaciones que están directamente ligadas a la fijación del sentido de las obras. Así pues, es necesario considerar la manera como el público lector juega un papel definitivo en la conversión de un escritor en autor, así como los demás agentes del mundo impreso como los editores, los librereros, los redactores de medios, los críticos, entre otros. A la pregunta por la manera como entenderemos la relación del autor con las obras de historia, respondemos con Chartier que ésta es: “Dependiente, porque [el autor] no es el amo del sentido, y sus intenciones, que cargan con la producción del texto, no se imponen necesariamente ni a aquellos que hacen de este un libro [...] ni a aquellos que se apropian de él para su lectura. Forzad[a], porque padece las determinaciones múltiples que organizan el espacio social de la producción literaria o que, más generalmente, delimitan las categorías y las experiencias que son las matrices mismas de la escritura.”²⁸

En contraste con el problema de la función autoral, las conceptualizaciones acerca de la noción de obra no han sido muy prolíficas. Será el mismo Foucault señale dicha limitación con preguntas tales como: ¿Qué elementos componen la obra de un autor? ¿Todo lo que ha escrito incluyendo los textos publicados, los manuscritos, las notas de trabajo, los borradores e incluso sus conferencias y entrevistas? ¿Qué le otorga unidad a eso que comúnmente llamamos *obra*?²⁹Para efectos de la investigación consideramos que el principio que da unidad a una serie de textos escritos que pueden englobarse bajo el singular colectivo de “obra” corresponde a la figura del autor. No obstante, la relación se plantea en términos de una construcción simultánea e interdependiente de manera que no es posible pensar al autor por fuera y antes de la producción de la obra misma y viceversa. Dentro de ella incluiremos tanto los trabajos publicados en

²⁶ CHARTIER, *Las revoluciones de la cultura escrita*, p. 27.

²⁷ CHARTIER, *Libros, lecturas y lectores*, pp. 58-89.

²⁸ CHARTIER, *El orden de los libros*, p. 44.

²⁹ FOUCAULT, “¿Qué es un autor?”, p. 334-335.

diferentes formatos y soportes, así como los borradores y manuscritos que aparecen firmados por Ibáñez bajo su nombre propio, seudónimo o aquellos que podamos atribuir por una serie de características estilísticas o de contexto.

El estudio de la *obra* de Ibáñez tendrá como prioridad la lectura y análisis de sus trabajos historiográficos, sin excluir el abordaje de otro tipo de textos siempre y cuando contribuyan a profundizar en la comprensión de su quehacer como historiador. Para ello, seguiremos algunas sugerencias metodológicas de Dominick LaCapra quien plantea una lectura contextualista de las obras en diálogo con: 1. Las intenciones del autor sin pretender encontrar allí un sentido superior; 2. La vida del autor con la salvedad de que la obra no es el reflejo de aquella; 3. La sociedad en el sentido del impacto, los juicios públicos de los que fue objeto, la pertenencia a tradiciones discursivas, los procesos de canonización de las obras y el significado que tuvo en la época en que apareció y circuló; 4. Las comunidades discursivas en donde fue leída la obra además de las menciones a colegas contemporáneos y aquellos autores desaparecidos que figuran como referentes; 5. El corpus del mismo autor con sus respectivas repeticiones, redundancias o discontinuidades que permiten pensar la relación de un texto como parte de un conjunto mayor y 6. Los modos de discurso que implica las referencias a diferentes géneros con sus respectivas reglas de producción.³⁰

Es preciso señalar que las categorías *obra* o texto, a las que la historia intelectual se refiere sin más, se caracterizan ante todo por su condición abstracta e inmaterial debido a la idea subyacente de la originalidad del pensamiento expresado en un estilo particular.³¹ Este planteamiento obvia los diferentes estadios que existen en la producción de los escritos partiendo de la supuesta existencia de un texto “original” que sufre deformaciones en su proceso de publicación.³² En su lugar, concebimos una noción amplia de obra que incorpora todos los materiales atribuidos al autor producto de una serie de operaciones y gestos escriturales que van desde la recolección de la información, su organización, la reescritura de borradores hasta la versión manuscrita que es presentada a la imprenta donde también puede sufrir modificaciones a nivel técnico, de estilo e incluso de contenido. La obra, entonces “[...] solo existe en las formas

³⁰ LACAPRA, “Repensar la historia intelectual”, pp. 237-293.

³¹ CHARTIER, *Cultura escrita, literatura e historia*, p. 73.

³² CHARTIER, *¿Qué es un texto?*, p. 15.

materiales, simultáneas o sucesivas, que le dan existencia. La búsqueda de un texto que existiría más allá de sus múltiples materialidades es, pues, vana.”³³

LA HISTORIA DE LA CULTURA ESCRITA COMO RUTA METODOLÓGICA

Hasta el momento hemos intentado plantear que la historiografía puede ser pensada a partir de algunos de los problemas propios de la historia de los intelectuales y la historia intelectual. En la medida que la investigación pretende estudiar sistemáticamente la producción historiográfica de un personaje consideramos pertinente aproximarnos a la biografía intelectual como uno de los abordajes con mayores posibilidades para enfrentar dicho reto. Esta decisión explica la importancia de pensar la relación autor-obra, la cual subyace a la entrada biográfica como camino legítimo dentro de la historiografía. En consecuencia, la ruta metodológica definida anuda lo planteado a partir de la premisa de que no hay obra histórica más allá de su materialidad, es decir, su condición de texto escrito para ser leído.

El desarrollo de la investigación nos ha venido conduciendo al terreno de la historia de la cultura escrita. De acuerdo con Antonio Castillo, esta forma de la historia cultural asume el estudio de los discursos, las prácticas y las representaciones culturales en torno a la escritura y la lectura de los materiales impresos y manuscritos. Entre los problemas que se abordan en esta disciplina se deben considerar las reglas, normas y funciones sociales atribuidas por diferentes agentes e instituciones a la lectura y la escritura, el ejercicio de tales competencias y los usos de las materialidades textuales.³⁴ Tal amplitud ha llevado a cierta dispersión y fragmentación que se expresa en la delimitación de ámbitos más acotados pero siempre en conexión. Esto explica la aparición de corrientes historiográficas como la historia de la edición, del libro, la lectura y la escritura, con sus respectivas diferencias y acentos de acuerdo a las tradiciones nacionales en que surgieron y se desarrollaron.³⁵

A partir de los años ochenta, se registró el desplazamiento de una historia centrada en la posesión y distribución del libro de acuerdo a las divisiones sociales a una historia más renovada que diera cuenta de las prácticas concretas de la producción, circulación y consumo de los

³³ CHARTIER, *¿Qué es un texto?*, pp. 9-35. La cita textual en la p. 16.

³⁴ CASTILLO, “Historia de la cultura escrita”, pp. 93-124.

³⁵ PARADA, “La historia de la lectura revisitada”, pp. 17-39.

impresos.³⁶En 1982, Robert Darnton propuso un modelo que permitiera acometer una historia social y cultural de la comunicación impresa a partir de la creación de un circuito diseñado para el siglo XVIII europeo. Más allá de esta limitación, retomamos el carácter procesual y dinámico que ofrece este autor para pensar la cultura escrita en su variante impresa. En nuestro caso, es relevante considerar que toda obra histórica experimenta un ciclo de existencia como parte de las relaciones entre autores, editores, impresores, libreros y lectores.³⁷Igualmente, hacemos eco de la advertencia del mismo autor sobre la necesidad de profundizar en uno de los momentos y agentes que, en nuestro caso remitiría al eje del autor y su obra, en relación con los aspectos formales e intertextuales que inciden en su existencia histórica.

En cuanto práctica nodal de la cultura escrita, la historia de la lectura se interesa por los usos, modalidades y efectos sociales de dicha actividad. Como lo ha mostrado Roger Chartier, uno de los principales especialistas en esta disciplina, quien pretenda historiar la lectura debe reconocer la estrecha relación que existe entre el ejercicio de la competencia y las constricciones editoriales que buscan inducir un tipo de lectura controlada. En este juego entre “coacciones transgredidas y libertades restringidas” que entraña toda lectura como acto creador de significados, juegan un papel central aspectos como: el formato y la tipografía del impreso, los géneros textuales, los momentos y modos de lectura -individual/colectiva, silenciosa/en voz alta, privada/pública-, los mecanismos de acceso a los impresos, las finalidades que se le traza (instructiva, recreativa o ambas), entre otros.³⁸

Estos elementos que concurren en prácticas concretas de lectura responden a preguntas sencillas del tipo qué, quién, cómo, dónde, cuándo, por qué y para qué se leía. Debido a la dificultad para encontrar huellas concretas que permitan dar cuenta de estos interrogantes, existen dos caminos que procuraremos recorrer en la investigación. Por un lado, iremos en la búsqueda de los lectores implícitos u ocultos en los mismos textos, figuras ideales que son producto de las intenciones del autor y de las estrategias editoriales y morfológicas. Por el otro, rastreamos a los lectores reales quienes han dejado huellas de los usos y apropiaciones que hacen de los textos en cartas, glosas y anotaciones, siempre inmersos en circunstancias históricas específicas. Este segundo tipo de lector supone la selección, interpretación, reelaboración y uso de aquello que se

³⁶ CHARTIER Y ROCHE, “El libro. Un cambio de perspectiva”, pp. 119-140. Una nueva historia del libro que pone el acento en el sustrato material desde la larga duración en: BARBIER, *Historia del libro*, passim.

³⁷ DARNTON, “Qué es la historia del libro?”, pp. 135-155.

³⁸ CHARTIER, *Libros, lecturas y lectores*, pp. 13-40.

lee, evidenciando un papel activo en la construcción de sentido de las obras en función de los grupos y contextos de pertenencia.³⁹Cabe recordar que en el ejercicio mismo de la lectura se presentan divergencias por el sentido a causa de las diferentes competencias, expectativas y disposiciones de los lectores.⁴⁰

La última estación de nuestra ruta metodológica corresponde a la historia de la escritura. A decir verdad, de las subdisciplinas que componen la historia de la cultura escrita es la que menos exponentes tiene debido a los desarrollos antropológicos en torno a la relaciones entre oralidad y escritura con sus implicaciones en diferentes órdenes.⁴¹De acuerdo con Armando Petrucci, intentaremos pensar la historia de la escritura más allá de la mera capacidad o competencia gráfica y el análisis morfológico con el fin de relacionar esta tecnología de la palabra con las condiciones sociales en que se produce, las funciones atribuidas, los modos de realización y las conexiones con el poder.⁴²Más específicamente, y gracias a la disponibilidad de algunas fuentes, nos enfocaremos en la producción de la escritura como parte de los *tiempos del escrito*, concretamente en una serie de operaciones técnicas de lectura, consulta de información, manipulación de impresos, ejercicios de reescritura y condiciones materiales de dicha práctica.⁴³

De acuerdo con el paleógrafo italiano, este momento se puede pensar a partir de la noción de “relación de escritura”, entendida como los vínculos históricos que un escritor establece con sus respectivos textos a través de diferentes prácticas de escritura y reescritura. Como parte de esta preocupación, el autor se interesa por establecer y dar cuenta de asuntos como las técnicas y medios de escritura, los lugares en que esta se realiza, los gestos y acciones de revisión, cancelación, corrección e inserción de modificaciones en las sucesivas versiones que tienen los textos antes de ir a la imprenta. A través de ello intentamos tomar consciencia de la lenta y progresiva construcción de las obras en su fase textual, de apreciar su dinámica a través de la

³⁹ LYONS, *Historia de la lectura y la escritura*, pp. 17-30.

⁴⁰ CHARTIER, *Libros, lecturas y lectores*, pp. 41-57.

⁴¹ Nos referimos a los trabajos que se han elaborado para pensar la relación entre oralidad y escritura, y las implicaciones de este vínculo para el desarrollo de la cultura, el pensamiento científico y la complejidad que adquirieron las tareas propias de la economía y la política. Por citar un par de títulos ver: ONG, *Oralidad y Escritura*, passim., y GOODY, *Cultura escrita y sociedades tradicionales*, pp. 39-82.

⁴² PETRUCCI, *Alfabetismo, escritura, sociedad*, pp. 25-39. Si bien los problemas que este autor trata como parte de la historia de la escritura atañen a procesos generales como el desarrollo del alfabetismo, la creación y transformación de culturas gráficas, la relación entre escritura manuscrita e impresa o la importancia de la escritura expuesta como expresión del poder, son las orientaciones generales o enfoque lo procuramos retomar.

⁴³ CASTILLO, “Historia de la cultura escrita”, pp. 116-124.

reconstrucción –hasta donde sea posible- de sus momentos y fases que regularmente no son ni pueden ser lineales.⁴⁴

Los elementos expuestos convergen y se sintetizan en una categoría elaborada por y para pensar la configuración del saber histórico: *la operación historiográfica*. Sin desconocer la relación de la Historia con el poder político como fuente de legitimación y partiendo de la premisa de que toda Historia responde a unas demandas, necesidades y condicionamientos de un presente, De Certeau propuso hace varias décadas la conjunción de tres elementos para estudiar la escritura histórica. En primer lugar, se ha de contemplar y reconstruir el lugar social de producción, en el sentido de las posiciones que ocupa el autor en el espacio social como parte de una red de relaciones entre pares quienes son los que definen qué temas abordar y mediante qué técnicas. En segunda instancia, la Historia es una práctica desplegada en operaciones concretas sobre las fuentes y los archivos que, en su conjunto, hablan del proceso de producción a partir de la lectura y la escritura. Por último, la escritura de la Historia desemboca en la redacción de un relato que se muestra como un producto acabado en el que se definen hechos y periodizaciones sin fisura alguna produciendo efectos de realidad.⁴⁵

Los vínculos entre la reflexión decertoiana sobre la escritura de la historia y las herramientas que provee la historia de la cultura escrita posibilitan ir más allá de la mera paráfrasis de las obras de historia como objeto de investigación. Al poner de presente la centralidad de las prácticas de lectura y escritura en la construcción del conocimiento histórico, la relación entre el autor y su obra puede aterrizar en el terreno de la historia social. La escritura de una biografía intelectual de un historiador no se puede conformar con la revisión de sus escritos publicados sin ahondar en los procesos de producción, circulación y consumo en momentos y espacios concretos. Ahora bien, en el decurso de la investigación hemos procurado elaborar una serie de problemas en torno a la escritura de la historia decimonónica que van más allá de este enfoque y modelo metodológico en construcción, que procederemos a enunciar brevemente en el siguiente apartado.

DOS PROBLEMAS DE UNA INVESTIGACIÓN EN MARCHA

⁴⁴ PETRUCCI, *Libros, escrituras y bibliotecas*, pp. 103-131.

⁴⁵ DE CERTEAU, *La escritura de la historia*, pp. 21-118.

A lo largo y ancho del mundo, el siglo XIX fue el momento del periodismo, la Historia y la invención de las naciones.⁴⁶ Como lo sostiene Osterhammel, la prensa llegó a ser un instrumento de autoobservación de la sociedad en un contexto de ampliación radical de las comunicaciones. Al ser un nuevo nivel de reflexión de la sociedad sobre sí misma, y pese a la existencia de la censura política y de mercado, los periódicos trascendieron los sectores cultos y letrados para crear un espacio público más amplio incorporando nuevos lectores.⁴⁷ Durante esta centuria también se presenció un cambio crucial en las formas de concebir el pasado, a partir de un modelo liberal eurocéntrico que buscó legitimar la nación como nueva entidad política y cultural dominante en relación con el desarrollo capitalista en sus diferentes variantes.⁴⁸ La estandarización progresiva de la escritura de la historia corrió de forma simultánea con la definición de nuevas *comunidades imaginadas* en las que diferentes soportes impresos jugaron un papel central en su fabricación, junto a la lengua, los museos, la literatura, los censos y la cartografía, entre otros dispositivos.⁴⁹

En Hispanoamérica, Eduardo Posada Carbó, entre muchos otros historiadores, pone de presente la centralidad que tuvo la prensa en la constitución de nuevos espacios públicos como expresión de diferentes proyectos políticos en disputa.⁵⁰ La trayectoria intelectual de Ibáñez que develó la importancia de su ejercicio como hombre de prensa y la permanente insistencia de autores como Zermeño, Wasserman y Bustos sobre la relación entre la constitución del conocimiento histórico y la opinión pública nos condujo al abordaje del lugar de la Historia en la constitución de opiniones públicas a lo largo del siglo XIX.⁵¹ Por otra parte, la producción

⁴⁶ Como se sabe, Koselleck situó para Europa la aparición del singular colectivo “Historia” entre 1750 y 1850, periodo que remite a una lenta transición de la historia como maestra de vida a la ciencia histórica. A partir de 1850 dicho proceso experimentó una fase de estabilización y extensión a lo largo de un mundo cada vez más conectado. Ver: KOSELLECK, *Historia/historia*, passim. AURREL, BALMACEDA, BURKE Y SOZA, *Comprender el pasado*, pp. 199-235.

⁴⁷ OSTERHAMMEL, *La transformación del mundo*, pp. 58-71. Sobre la aparición de nuevos lectores: LYONS, “Los nuevos lectores”, pp. 539-589.

⁴⁸ HILL, *National history*, passim. CONRAD, *Historia global*, pp. 27-32.

⁴⁹ ANDERSON, *Comunidades imaginadas*, passim.

⁵⁰ POSADA CARBÓ, “Prensa y opinión pública”, pp. 469-487.

⁵¹ La pertinencia de estudiar la relación entre conocimiento histórico y prensa periódica fue sugerida por François Xavier Guerra al referirse a la importancia de la definición de una literatura e historia nacionales en función de la construcción de un imaginario nacional. La prensa contribuyó en el mundo hispanoamericano a la elaboración de un relato de los orígenes. En sus palabras: “La mayoría de los discursos de la época [la Independencia], sea cual sea su género y su soporte, son discursos históricos, no sólo los que se presentan explícitamente como tales, sino también las proclamas y los manifiestos, la prensa, las ceremonias, los monumentos y los símbolos, el calendario, los catecismos patrióticos [...] Todos exponen, con mayor o menos profundidad, los antecedentes y las causas próximas

historiográfica de nuestro personaje se desplegó a través de la publicación de diferentes impresos cuya comprensión nos evidenció otro gran problema, a saber, la centralidad de los géneros y formatos en la escritura de la Historia y su incidencia en la conformación del público lector. A continuación, expondremos algunos elementos en torno a estos asuntos que de una u otra forma constituyen desarrollos del enfoque y la ruta metodológica.

Historia, prensa y opinión pública

De acuerdo con el modelo propuesto por Jürgen Habermas, la opinión pública es una expresión de la sociedad burguesa que solamente se logró configurar a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, luego de un disímil y complejo proceso formativo en diferentes partes del mundo occidental.⁵² Conscientes de las diferencias de ritmo y profundidad con que emergió esta nueva fuerza en países como Inglaterra, Francia, lo que sería Alemania y el mundo americano, nos interesa resaltar los aspectos más generales de dicho proceso en tanto marco general en el que se inscribe una parte de nuestra investigación. Dada la importancia que en el siglo XIX para la cultura impresa el universo de la prensa periódica y la centralidad que ejerció en la difusión del saber histórico, no podemos obviar el surgimiento, desarrollo y críticas de este proceso en el que nuestro personaje se vio inmerso como colaborador y director de medios.

Desde el siglo XVII, el empleo del concepto de opinión pública en diferentes círculos sociales y políticos fue posible gracias a una serie de condiciones asociadas al surgimiento y ascenso del capitalismo como modo de producción, la crisis y posterior disolución de las monarquías absolutas y la constitución de espacios de discusión, deliberación y razonamiento de ciertos grupos sociales en ascenso. En lugares como los cafés, los salones o los clubes se dio el encuentro de diferentes hombres interesados en asuntos que habían sido considerados como secretos o reservados a las autoridades políticas. A su turno, la constitución de una esfera de lo social opuesta y sustancialmente diferente del Estado, referida a las actividades económicas particulares en las que no debía interferir la política, permitió la distinción entre lo privado,

o lejanas que han llevado a la situación en que se encuentran.”, GUERRA, “Entrevista con François Xavier Guerra”, p. 201.

⁵² HABERMAS, *Historia y crítica*, pp. 41-123.

entendido en una doble dimensión de lo particular y lo íntimo-doméstico, y lo público como actividad estatal.⁵³

A medida que los espacios de reunión de los particulares se mantuvieron alejados de la influencia y la reglamentación política, las conversaciones y encuentros pasaron del ejercicio del comentario literario y la crítica de arte a la observación y seguimiento de asuntos ahora considerados de interés público. Precisamente, fue en este tipo de espacios donde se habría comenzado a ejercer públicamente la razón por parte de personas privadas que, poseedoras de ciertas condiciones materiales y culturales, lograrían constituirse como *el público*. En este marco, la lectura de impresos ocupó un lugar central en la creación de juicios ilustrados sobre los asuntos en discusión, de manera que las opiniones allí expresadas se convirtieron en guía y referencia a tener en cuenta por parte de los pares y, lo que fue más relevante, de las autoridades políticas.⁵⁴

En cuanto las decisiones tomadas por parte del poder político empezaron a afectar el desarrollo de la economía capitalista, *el público* hizo de aquel un objeto de crítica y control. La consideración de la opinión pública como un tribunal de la razón ante el que debían rendir cuentas todos los miembros de la sociedad, incluidos los gobernantes, fue posible entre otras cosas, gracias al desarrollo de un mercado de bienes culturales (incluidos los impresos), el aumento de las tasas de alfabetización y la separación cada vez más tajante del mercado como una esfera libre de injerencia política. De esta manera, la publicidad literaria logró convertirse en publicidad política. En este proceso, la prensa asumió poco a poco la condición de ser una institución del público “raciocinante”, mediante el desarrollo de un periodismo político que informaba acerca de las acciones de los gobiernos y sus implicaciones para el conjunto de la sociedad.⁵⁵

El uso público de la razón tuvo en los periódicos uno de los medios más importantes a través de los cuales podía hablar el público en representación del conjunto de la sociedad, ya fuese para criticar y controlar las acciones del gobierno, educar al “pueblo” o informar acerca de los asuntos considerados de interés general. La opinión pública se constituyó entonces en uno de los principios organizadores del Estado de Derecho “burgués” cuya base era el prototipo de

⁵³ CHARTIER, “Lo privado y lo público”, pp. 65-81.

⁵⁴ VAN HORN MELTON, *La aparición del público*, passim.

⁵⁵ Para el caso francés, Chartier señala que la prensa fue una de las principales expresiones de la cultura impresa que permitió dar forma a una comunidad más allá de la presencia física de sus miembros. Así, la opinión pública se fundamentó en el poder que otorgaba la escritura y la lectura como mecanismos para asumir la representación de intereses colectivos. CHARTIER, *Espacio público*, pp. 33-50.

hombre propietario y educado apto para participar de un ámbito que se reclamaba como “apolítico” en el sentido de no estatal. La nueva condición de la publicidad como fundamento del orden capitalista estuvo directamente asociada al desarrollo de la circulación de mercancías y la limitación del poder político. No obstante, este proceso estuvo sujeto a las particularidades políticas y el grado de desarrollo de las condiciones capitalistas concretas en cada uno de los países en que se dio este proceso.

A pesar de la centralidad del modelo descrito por Habermas, la investigación histórica que le siguió planteó importantes críticas que exigen tomar con cautela algunos de sus planteamientos. Van Horn Melton señala seis observaciones que hemos de considerar en la definición de este marco general de nuestro trabajo: 1. La creación de un ámbito de crítica literaria que se postuló como apolítico no precedió necesariamente al periodismo político, de tal forma que debemos preguntarnos por la relación temporal entre la opinión pública literaria y la propiamente política. 2. La esfera pública no fue exclusivamente una obra de la burguesía comercial, sino que contó con la activa participación de aristócratas y profesionales liberales que se erigieron en importantes productores y consumidores de impresos de diferente tipo. Es por ello que Melton prefiere hablar de una esfera pública ilustrada antes que burguesa. 3. La versión habermasiana deja por fuera la cara plebeya de la opinión pública que se manifestó en forma de libelos, rumores, hojas sueltas y en espacios menos encopetados que los salones y las academias como los bares, chicherías, etc. 4. La creación del espacio público en el que concurrieron aristócratas, profesionales liberales y burgueses, permitió una distinción entre estas nuevas elites y sectores “populares”. 5. La mercantilización de la esfera pública ilustrada no se dio durante el periodo de las llamadas industrias culturales, sino que hizo parte desde el mismo siglo XVIII. 6. Finalmente, Habermas olvidó el papel de la mujer en la creación de la opinión pública en su calidad de lectoras, escritoras y anfitrionas de espacios privados de sociabilidad que fueron centrales en todo el proceso histórico.⁵⁶

En Hispanoamérica, el modelo habermasiano de constitución de la opinión pública también ha tenido críticos por la imposibilidad de adecuarlo a un contexto donde se pensó en términos “burgueses” solamente hasta bien entrado el siglo XIX.⁵⁷ Al respecto, François Xavier

⁵⁶ VAN HORN MELTON, *La aparición del público*, pp. 26-32.

⁵⁷ A pesar de ello, un autor como Renán Silva consideró hace varios años la posibilidad de acudir a la propuesta de Habermas para pensar el surgimiento de un espacio público en el Virreinato de la Nueva Granada a finales del siglo XVIII. Ver: SILVA, “Prácticas de lectura, ámbitos privados”, pp. 80-106.

Guerra y Annick Lemperiere señalaron como limitaciones de consideración la interpretación lineal y progresiva propia de una visión liberal sobre la democracia; la reducción de los medios de comunicación estudiados a la prensa escrita dejando de lado otras formas de circulación de la información y, por último, la concentración en algunos casos emblemáticos europeos.⁵⁸ En el mismo sentido, Elías Palti sugiere no solo la crítica “débil” de la inadecuación del concepto de sociedad y “publicidad burguesa” en nuestro contexto, sino que remite a la crítica de fondo que realizó Guerra en sus obras relacionada con el sujeto portador de la opinión pública y los fundamentos de la modernidad política.⁵⁹

Sin embargo, como lo propone Noemí Goldman para el mundo iberoamericano, entre 1750 y 1850 y más allá, se dio un uso de la categoría opinión pública a partir de cuatro características que mantienen cierta pertinencia de las tesis de Habermas: la función directriz de las élites letradas en su configuración, la connotación de mecanismo controlador de las acciones de las autoridades, la condición de ser guía de acción para los gobiernos y la connotación de espacio libre de conversación y discusión sobre asuntos de interés común. Esta autora señala algunos de los ámbitos en que se difundió el concepto, otorgando importancia a los debates políticos constitucionales, los espacios de sociabilidad y la prensa. A mediados del siglo XIX, la opinión pública era una noción polisémica que podía concebirse como una “instancia superior reguladora de las relaciones entre las clases”, fuerza política motriz a cargo de los “sabios” que debían educar al pueblo y fuente de legitimidad de diferentes proyectos políticos.⁶⁰

De acuerdo con Elías Palti, el siglo XIX hispanoamericano presentó dos modelos de opinión pública que en varios aspectos se intersectan con los sentidos dados al concepto moderno de Historia en el tránsito del siglo XVIII al XX.⁶¹ Uno de ellos, corresponde a la idea de la Historia y la opinión pública como tribunales en donde era posible llegar a una verdad trascendente y unívoca como resultado de la revisión de los diferentes testimonios en que se fundaría un fallo inapelable. A pesar de que este modelo jurídico de la opinión pública entró en crisis debido a su politización, su sucesor, el modelo estratégico, mantuvo la pretensión de una

⁵⁸ GUERRA y LEMPÉRIÈRE, *Los espacios públicos*, pp. 5-21. Por estas razones, los autores prefieren la noción de “espacios públicos” en tanto categoría que permite asir a los públicos concretos a través del estudio de los impresos, su difusión y recepción, las prácticas de lectura, los lugares específicos en donde se comunican y actúan las personas, así como otras formas de comunicación en la transición del antiguo al nuevo régimen.

⁵⁹ PALTÍ, “Guerra y Habermas”, pp. 461-483.

⁶⁰ GOLDMAN, “Legitimidad y deliberación”, pp. 981-998.

⁶¹ Varios de estos sentidos son estudiados por: ZERMEÑO, “Historia, experiencia y modernidad”, pp. 551-579.

verdad que debía estar fuera de discusión. En tal sentido, las cartas constitucionales o los intereses de la patria fueron postulados como instancias que estaban más allá de cualquier deliberación, apelando a una unidad más allá de los partidos políticos. La prensa, como medio privilegiado en este contexto, dejó de representar la opinión del público para darle forma a este árbitro supremo de la autoridad política.⁶²

En tal sentido, en nuestro trabajo asumiremos algunas de estas dimensiones de la opinión pública, en especial, la relación inextricable con la prensa como uno de los medios prioritarios para su formación en el siglo XIX colombiano. Al respecto, Gilberto Loaiza Cano señala que “La opinión pública se fue consolidando, a lo largo del siglo [XIX], como un universo de agentes de producción, circulación y consumo de impresos; universo regulado por restricciones legales [...]”⁶³El uso progresivo de la prensa como espacio y fundamento de un orden político basado en la representación también tuvo efectos didácticos y persuasivos en la fijación de la opinión, a la par que sirvió de medio para legitimar a un selecto grupo de individuos que sabían y podían ejercer con regularidad su razón.⁶⁴Estos aspectos, que generalmente remiten al mundo de la política y la actualidad, pueden ser empleados para pensar cómo en la segunda mitad del siglo XIX, la opinión pública también se constituyó por lecturas acerca del pasado, remoto o reciente, a través de todo tipo de impresos, entre los cuales se destacaron la prensa política, literaria, ilustrada, revistas culturales, folletos y folletines.

Géneros y formatos de la Historia patria en el siglo XIX

Una de las vertientes que ha renovado las formas de hacer historiografía corresponde a la historia conceptual. En el primer volumen del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, siguiendo la huella de Reinhart Koselleck, especialistas de diferentes naciones procuraron dar cuenta de la emergencia de un concepto moderno de Historia entre 1750 y 1850.⁶⁵Centrados en el tránsito de la historia *magistra vitae* a una concepción científica, estos trabajos evidencian cómo el saber sobre el pasado cedió su impronta narrativa y moralizante a un concepto que encerraba

⁶² PALTÍ, *El tiempo de la política*, pp. 161-202.

⁶³ LOAIZA CANO, “Opinión pública, lectores y lecturas”, p. 190.

⁶⁴ LOAIZA CANO, “Opinión pública, lectores y lecturas”, p. 193.

⁶⁵ La obra que sirvió de base para esta empresa en lengua castellana y portuguesa fue la entrada que el mismo Koselleck escribió para el *Geschichtliche Grundbegriffe* [Conceptos Históricos Fundamentales] publicado entre los años setenta e inicios de los noventa. Ver: KOSELLECK, *historia/Historia*, passim. Los trabajos de la versión iberoamericana siguieron el patrón nacional y reunió a un importante grupo de historiadores bajo la dirección de Guillermo Zermeño.

una experiencia temporal volcada hacia el futuro. El paso de *las historias* a *la Historia*, gracias a una mutación social y política de gran envergadura, permitió el surgimiento de un concepto que, con pretensiones científicas, procuró servir de fundamento a las nuevas unidades políticas creadas a partir de las independencias.⁶⁶ Como bien lo ha explicado Guillermo Zermeño en diferentes lugares y momentos, este proceso tuvo dimensiones semánticas y pragmáticas que articularon una vocación científica con el afán pedagógico en pos de la formación de nuevos sujetos políticos: la nación y los ciudadanos.⁶⁷

A pesar de estos importantes trabajos, las referencias a los géneros y formatos que adquirió la Historia patria no ocupa un lugar destacado en esta corriente de estudio. Al ocuparse de las transformaciones acaecidas hasta la primera mitad del siglo XIX, la mirada conceptual deja pendientes otros problemas como el devenir de la llamada *historia patria* que reintrodujo varios elementos de la historia como maestra de vida, los soportes impresos en que se escribió, publicó, circuló y leyó o las relaciones entre los géneros y los formatos. En la historia conceptual la discusión se cierra en la emergencia de una nueva concepción de la historia escamoteando la pregunta por las condiciones de su arraigo en las sociedades nacionales y, más aún, las prácticas de lecto-escritura y estrategias editoriales que hicieron posible la instalación del saber histórico en diferentes lugares del continente de forma casi simultánea.⁶⁸

En el contexto colombiano, Patricia Cardona insiste en la necesidad de hacer historiografía a partir de las herramientas de la historia de la cultura escrita.⁶⁹ Para esta autora, las tradiciones narrativas y editoriales delimitaron en el siglo XIX los procedimientos de escritura, la implementación de formatos y la disposición de las representaciones sobre el quehacer de los historiadores. Las investigaciones sobre la constitución del saber histórico deben detenerse a preguntar por la relación entre la Historia y sus formatos. Esto significa que no podemos soslayar la materialidad de las obras históricas sin inquirir por las formas y soportes que inciden en la

⁶⁶ ZERMEÑO, “Historia, experiencia y modernidad”, pp. 551-579.

⁶⁷ ZERMEÑO, “Apropiación del pasado”, pp. 81-112.

⁶⁸ Fabio Wasserman y Guillermo Zermeño han venido insistiendo en una relación estrecha entre la modernidad, la aparición de cierto tipo de historia y la creación de una esfera pública donde la prensa y, en general, los diferentes tipos de impresos y géneros narrativos son centrales para comprender el establecimiento de una cultura moderna de la historia. En cierto sentido, nuestro trabajo intenta desarrollar esta aseveración a través de la investigación empírica para el caso colombiano. Ver: WASSERMAN, *Entre Clío y la Polis*, passim. ZERMEÑO, *Historias conceptuales*, p. 18.

⁶⁹ CARDONA, *Y la historia se hizo libro*, passim.

creación o despliegue de diferentes géneros literarios.⁷⁰En pocas palabras, debemos ahondar en el “carácter impreso de la Historia.”⁷¹

Desde esta perspectiva, la comprensión del sentido de los relatos históricos se halla estrechamente ligada a la consideración de aspectos antes descuidados como las formas impresas, las estrategias editoriales, los géneros discursivos, así como las prácticas, espacios de lectura y apropiación social del saber histórico.⁷² Si bien Cardona hace hincapié en la relación historia-géneros-formatos, propone que el saber histórico decimonónico permeó solamente dos tipos de producciones impresas: las obritas, destinadas, sobre todo –pero no únicamente- al uso escolar y las grandes obras, cuyo público eran los letrados eruditos. Las producciones intermedias, por ejemplo, aquellas publicadas y conocidas a través de la prensa o la folletería, son subvaloradas tanto en su proceso de elaboración –que remite al goce estético y al aprendizaje útil-, duración - más efímeras que los libros- y consumo. En sus propias palabras:

Folletines, gacetas y hojas se producían en serie, en tirajes con ciclos de vida cortos, es decir, una vez salía el número siguiente, el folletín anterior perdía vigencia. En cambio, los libros de historia se escribían como un conjunto cerrado, elaborados lenta y artesanalmente, redactados en función de los ritmos pausados de las prácticas académicas, del estudio y de la preparación intelectual, y no de la rapidez y la lectura entretenida de los mercados masivos. El libro de historia representó un saber destilado en el oficio, menos para la fruición, que para el trabajo sosegado del hombre de letras. Volumen y pastas, encuadernaciones cuidadas o rústicas anunciaban al lector la calidad de los contenidos y la excelencia de quien se había sometido a los rigores de la indagación y a la disciplina de la escritura.⁷³

A diferencia de lo que plantea Cardona y gracias a nuestro trabajo sobre la obra historiográfica de Ibáñez, podemos afirmar que, durante la segunda mitad del siglo XIX, pero especialmente en su último cuarto, la Historia como saber copó y mantuvo una activa presencia pública a través de variados soportes impresos diferentes al libro docto y escolar. Aunque compartimos que la historia requería de una serie de prácticas de lectura y escritura diferentes a las del naciente

⁷⁰Para Mendiola, la relación entre Historia y géneros es absolutamente inextricable en la medida que toda operación comunicativa tiene una forma o género que es necesario considerar dadas las implicaciones en la construcción de la realidad, en este caso histórica, independientemente de las decisiones meramente individuales. MENDIOLA, “Los géneros discursivos”, pp. 21-60.

⁷¹CARDONA, “Retórica, materialidades y prácticas”, pp. 69-95.

⁷²La relación entre géneros y formatos es pensada por Perla Chinchilla a partir de la noción de “formas discursivas”, la cual permite estudiar tanto la materialidad como la discursividad de los textos en función de la jerarquización y organización que las sociedades hacen de los impresos. Esto permite hablar de una obra “mayor” o “menor”, de acuerdo a factores como el soporte material y el reconocimiento social del que gozó en determinado momento. CHINCHILLA, “Las “formas discursivas””, pp. 15-40.

⁷³CARDONA, *Trincheras de tinta*, p. 236.

periodismo de actualidad, la presencia sistemática de contenidos sobre el pasado local o nacional en diferentes formatos y géneros, nos permite pensar en una circulación y apropiación social más compleja de este conocimiento. En este sentido, la relación entre historia y opinión pública debe complejizarse para dar cuenta de las diferentes expresiones impresas y discursivas que tuvo entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

La importancia de la actividad periodística y de otras formas de escritura con fines divulgativos le permitió a la Historia llegar a públicos cada vez más amplios. Ello fue posible, entre otras razones, gracias a los menores costos de publicación, la extensión más breve de los textos y la diversidad de medios que tuvo a su alcance. Otro factor a considerar fue la amplitud del concepto de Literatura que dominó en el siglo XIX que, como sabemos, contemplaba la producción escrita de las ciencias, las bellas letras y las humanidades. De allí que los letrados consideraran la Historia como parte integrante de los conocimientos útiles y necesarios para diferentes sectores del público lector.⁷⁴En este marco, cabe preguntarse: ¿Qué importancia tuvieron formatos “menores” como el folleto y el folletín o medios como las revistas en la consolidación de la historia patria como un saber socialmente reconocido?

Conocido como la *planta baja* del periódico, el folletín ha sido entendido como género discursivo olvidando su origen como sección y espacio físico del periódico, es decir, como soporte impreso. Uno de los factores que contribuyó a esta confusión residió en su identificación con la novela por entregas. Esta relación se estableció a mediados de los años treinta del siglo XIX en Francia, gracias a la publicación de novelas en *La Presse* por Émile de Girardin.⁷⁵No obstante, en nuestro trabajo consideramos el folletín como un espacio físico ubicado en la parte inferior del periódico separado de la superior por una línea oscura. Esta distinción física implicó el desarrollo de una serie de características que le permitieron pasar de suplemento con el que se buscaba incrementar la venta de los periódicos a ser el corazón de la prensa decimonónica europea.

⁷⁴ En México, el concepto de Literatura en el siglo XIX experimentó una politización que, en su significado, mutó de una idea general de erudición a una vinculación inherente al proceso de construcción de la nación. Ver: URREJOLA, “El concepto de Literatura”, pp. 1683-1732.

⁷⁵ La conversión del folletín en género literario se debió a la innovación propuesta por Girardin y su exsocio, Armand Dutacq en *Le Siècle*, quienes entre 1836-1837 se decidieron publicar relatos novelescos por entregas de autores como Balzac, Dumas y Sue. De acuerdo con Hernán Pas, la primera novela folletín estrictamente hablando fue *Le capitaine Paul* de Alexandre Dumas, que apareció en *Le Siècle* entre el 30 de mayo y el 23 de junio de 1838. Ver: PAS, “La educación por el folletín”, p. 40.

Según Marie-Eve Thérienty, el folletín, como producto por excelencia de la cultura mediática francesa, presentó en sus inicios cinco características: 1. Nació como un área diferente del cuerpo central del periódico y fue el resultado de una decisión de los publicistas para ganar espacio sin incrementar los costos de producción. 2. Al ser un lugar que escapaba a las reglas de escritura del resto del periódico, sirvió de intermediario entre los lectores y los hombres de prensa, prestándose para la invención y la creatividad más allá de las noticias de actualidad. 3. A mediados del siglo XIX en Francia, devino en un espacio para la crítica política velada bajo el manto de lo literario. 4. Estableció una relación particular con el tiempo, pues sus contenidos se alejaron de la actualidad política, representada en las editoriales y noticias. De acuerdo a la periodicidad de su aparición, se definió desde la fragmentación e interrupción de la lectura con el fin de crear determinados efectos en los lectores. 5. Se caracterizó por servir a la experimentación genérica más allá de lo eminentemente ficcional convirtiéndose en un “laboratorio de escritura social” basado en la descripción e investigación del folletinista.⁷⁶

Junto al éxito financiero que representó, la planta baja fue utilizada para permitir la entrada de nuevos actores sociales en la cultura escrita, ya fuese como lectores o como tema de los mismos textos. El folletín fue consumido por todas las clases sociales y facilitó la circulación cultural entre hombres y mujeres, viejos y jóvenes, lo literario y lo político, los ricos y los pobres. En la medida en que sirvió de medio crucial para el posicionamiento de lo ficcional en la cultura escrita decimonónica, el folletín se imbricó y ofreció claves para todos los géneros periodísticos que surgieron por aquellos años, entre los que se destacaron el reportaje, la crónica y la entrevista. El uso de descripciones precisas y la aparente posibilidad de acceder a los sentimientos y pensamientos de los personajes fueron algunos de los recursos que instaló en la prensa propiciando una ficcionalización de la información.⁷⁷

La expansión del folletín como formato y como género hizo parte de un proceso más amplio de definición y autonomización del campo literario, la popularización de la lectura y la configuración de la autoría en el siglo XIX.⁷⁸ Sin embargo, como adjetivo, lo “folletinesco” se asumió despectivamente por aquellos sectores que consideraban que las producciones publicadas

⁷⁶ THÉRENTY, *La invención de la cultura mediática*, pp. 11-15.

⁷⁷ THÉRENTY, *La invención de la cultura mediática*, pp. 15-29.

⁷⁸ ARCOS, “Novelas-folletín y la autoría”, pp. 27-42. La autoría femenina en el Chile decimonónico tuvo en el folletín una de las estrategias editoriales más importantes para posicionar a las mujeres como literatas. Gracias a este formato-género, ciertos discursos pudieron contar con la autorización para circular en la esfera pública siendo una de las modalidades más destacadas en la construcción de la figura del autor.

en esta parte de los periódicos constituían obras de una calidad inferior.⁷⁹ Al tener origen en la sección de variedades o miscelánea de la prensa, las finalidades que se le trazaron inicialmente fueron las del entretenimiento, el recreo y la distracción. No obstante, al ser una forma de divulgación de múltiples saberes, los relatos que aparecieron en forma de folletín fueron asumiendo funciones moralizantes y edificantes gracias a su carácter didáctico.⁸⁰

Si bien el folletín europeo se asoció a la industrialización de la producción literaria y el consumo de sectores populares, en América Latina el sentido de lo popular fue dado por la posibilidad de que diferentes sectores sociales accedieran a la lectura a precios módicos.⁸¹ En otras palabras, el público al que estaban dirigidos estos impresos no eran solamente los artesanos, pues también eran comprados, leídos y coleccionados, por sectores más acomodados como comerciantes y profesionales liberales. Debido al tipo de contenidos que aparecieron en esta sección (crónicas, cuadros de costumbres, relatos de viajes, novelas sentimentales, entre otros), la escritura buscaba generar intriga y expectativa entre los lectores.⁸² Esto era posible, ya que los autores y editores apostaban por una lectura fragmentada o troceada que mantuviera alerta a los consumidores, lo que a su vez permitía asegurar las ventas del periódico del que hacía parte.⁸³

En Colombia, el folletín se impuso hacia mediados del siglo XIX como el medio más efectivo y práctico de divulgación de textos en prosa gracias al lugar que ocupó la prensa para la difusión de diferentes tipos de textos.⁸⁴ A partir de aquellos años, los “límites entre el periódico y el libro también se volvieron difusos, ya que varias publicaciones periódicas se presentaron como periódicos-libros [...] o eran empastados para buscar su permanencia para lectores futuros.”⁸⁵ El paso del folletín al libro no era lineal, puesto que en la planta baja también aparecieron fragmentos de obras que ya estaban escritas en forma libresca. De esta manera, la estrategia de generar expectativa como característica distintiva del folletín no siempre se cumplía por cuestiones eminentemente editoriales.

⁷⁹ PAS, “La educación por el folletín”, pp. 37-61.

⁸⁰ RISCO, “El folletín como producto”, p. 9.

⁸¹ Acosta señala que, para el caso colombiano, y dados los altos niveles de analfabetismo, el carácter popular de los folletines residió no tanto en la ampliación del público lector a nuevos sectores sociales sino en “[...] llegar a los que ya lo son, quizá de una manera más eficaz [...] el concepto de lo popular estuvo lejos de considerarse como una forma de masificación de lectura o partícipe de su expansión.” ACOSTA, *Lectura y nación*, p. 37.

⁸² RISCO, “El folletín como producto”, p. 3.

⁸³ ACOSTA, *Lectura y nación*, p. 34.

⁸⁴ JIMÉNEZ, “La literatura de folletín”, *passim*. Acosta ofrece un completo listado por décadas de las novelas por entregas que fueron publicadas en el folletín de diferentes periódicos. ACOSTA, *Lectura y nación*, pp. 297-307.

⁸⁵ ACOSTA, *Lectura y nación*, p. 36.

En el periodo de estudio pensar en las formas discursivas e impresas que asumió la Historia nos obliga a considerar la emergencia y desarrollo de la literatura *popular* y con ello, el advenimiento de nuevas prácticas de producción y consumo de impresos y la aparición de nuevos públicos. De acuerdo con Jean-Yves Mollier, en la segunda mitad del siglo XIX en Europa occidental se dio la eclosión de una serie de formatos que buscaban ampliar los mercados libreros, entre los que se destacaron los manuales escolares, los folletines y la novela por entregas.⁸⁶ A ello se sumó el interés de los editores por difundir conocimientos científicos a través de diccionarios, enciclopedias y colecciones que complementaron el mundo de lo impreso más allá de los libros en sus diferentes formatos.⁸⁷ Tales cambios fueron el resultado, por lo menos en esta parte del mundo, de una serie de transformaciones en la producción y comercio librero ligadas al inicio de su industrialización que, para el caso colombiano, hasta ahora están siendo exploradas.⁸⁸

La producción y consumo de formatos desconocidos en el siglo XIX implicó la aparición de nuevos segmentos sociales entre el público lector. Como lo señala Martin Lyons para Europa, las mujeres, los niños y los obreros fueron las caras más sobresalientes de esta transformación finisecular. Estos grupos llegaron a ser consumidores considerables de relatos de ficción “barata” por entregas, revistas ilustradas y periódicos, gracias al incremento sostenido de la alfabetización, los cambios en la jornada laboral y la ocupación del tiempo libre. Este “público desconocido” desplegó un variopinto conjunto de prácticas de lectura y relaciones con lo impreso que motivó el control sobre el tipo de lecturas que debían y podían realizar.⁸⁹ De esta forma, un trabajo acerca de los formatos y los géneros que adoptó la historia patria a finales del siglo XIX no puede perder

⁸⁶ MOLLIER, *La lectura en Francia*, passim.

⁸⁷ MOLLIER, *La lectura y sus públicos*, passim.

⁸⁸ Como parte de este proceso, el surgimiento y especialización de las librerías en la segunda mitad del siglo XIX en Colombia implicó el progresivo desplazamiento de la figura del librero a la de editor, diferenciando estas actividades. MURILLO, “La aparición de las librerías”, pp. 49-69. Para la figura del editor, los estudios en el país también se encuentran en una fase de exploración con resultados interesantes, aunque todavía embrionarios: PINEDA, “Jorge Roa y la Librería Nueva”, pp. 109-130. MURILLO, “El Estado como librero”, pp. 271-302.

⁸⁹ LYONS, “Los nuevos lectores”, pp. 539-589. Para el caso colombiano se ha seguido la tesis de Lyons, pero señalando cómo la alfabetización no fue un factor tan importante como el consenso alcanzado entre el Estado, la Iglesia católica y asociaciones civiles de diferente tipo, en torno a la importancia de la lectura como competencia para una vida civilizada. A ello se sumó que la lectura no siempre se realizó a finales del siglo XIX en el tiempo libre o de ocio de un trabajo todavía en tránsito hacia la industrialización. En su lugar, la lectura se realizó por parte de los trabajadores, sobre todo artesanos, en los momentos y espacios de formación en artes y oficios e incluso en la misma jornada de trabajo. VASCO, “Mujeres y Obreros”, pp. 89-107.

de vista la emergencia de un nuevo público lector y las circunstancias que condujeron a la producción y consumo de impresos más allá de su forma libresca.

CONSIDERACIONES FINALES

Más allá de las adscripciones historiográficas, la investigación que adelantamos acerca del lugar que ocupó la escritura de la Historia patria en el tránsito del siglo XIX al XX en Colombia, ha permitido la reflexión sobre la necesidad de construir un enfoque y una propuesta metodológica para este tipo de trabajos. De una tradición investigativa centrada en el análisis ideológico de las grandes obras y autores de la historia nacional asistimos a una renovación como resultado del acercamiento a las herramientas, conceptos y preguntas de la historia cultural, conceptual e intelectual. Gracias a dichas aproximaciones, el abanico de problemas de investigación en torno a la escritura de la historia se viene ampliando hacia nuevos terrenos como los espacios de sociabilidad, la cultura escrita sobre el pasado nacional y local, las trayectorias o itinerarios intelectuales de los historiadores y hombres de letras dedicados al cultivo de la Historia o los usos políticos del pasado.

En nuestro caso, la figura de Pedro María Ibáñez, un personaje poco conocido más allá de los linderos de la capital colombiana, nos condujo hacia terrenos insuficientemente explorados en el contexto colombiano. Ello explica la necesidad de construir un enfoque y una ruta metodológica que, sin pretensiones exclusivas, pretende un diálogo entre algunos de los preceptos de la historia de los intelectuales, la historia intelectual y la historia de la cultura escrita. El punto de partida para esta empresa parece tan obvio que pasa desapercibido: no existe conocimiento histórico más allá de la lectura y la escritura. Incluso, cuando la Historia adquirió en contextos específicos el estatus y reconocimiento de ciencia, es poco probable que no hubiese estado bajo la forma de lo impreso. A partir de ese momento, la pregunta por los formatos, los géneros, los soportes, los procesos de edición, los mecanismos de circulación, los espacios y las formas de consumo y apropiación pasan a un primer plano.

Al respecto, es pertinente recordar a manera de síntesis desde dónde y cómo asumimos la tesis de la materialidad de lo impreso en las obras de contenido histórico. En palabras de Chartier:

Contra la representación, elaborada por la literatura misma, del texto ideal, abstracto, estable por hallarse separado de toda materialidad, hay que recodar con fuerza que no hay texto fuera del soporte que lo da a leer, que no hay comprensión de un escrito, cualquier que sea, que no dependa

de las formas en que alcanza a su lector. De ahí la necesaria selección entre dos tipos de dispositivos: los que derivan de su puesta en texto, de las estrategias de escritura, de las intenciones del *autor*; las que resultan de la puesta en libro o en impreso, producidos por la decisión editorial o el trabajo del taller, apuntando a lectores o lecturas que pueden no ser conformes con los deseados por el autor. Esa diferencia, que es el espacio en que se construye el sentido, ha sido olvidada con demasiada frecuencia por los enfoques clásicos que piensan la obra en sí misma, como un texto puro cuyas formas tipográficas no importan, pero también por la teoría de la recepción que postula una relación directa, inmediata, entre el *texto* y el lector, entre las *señales textuales*, manejadas por el autor, y *el horizonte de expectativa* de aquellos a quienes se dirige.⁹⁰

Si bien no pretendemos inventar ningún modelo para el estudio de la historiografía, hacemos eco y nos reapropiamos del llamado de atención que realizan varios investigadores acerca del lugar que ocupan las obras de Historia en la cultura escrita de las diferentes sociedades. Para su cabal comprensión es necesario apelar a la mirada amplia y plural que François Dosse ofrece de la historia intelectual, la cual parte de una *indeterminación epistemológica*, que “[...] remite a esta encrucijada necesaria entre un enfoque puramente internalista que sólo toma en consideración la lógica endógena del contenido de las obras, de las ideas, y un enfoque externalista que se contentaría con explicaciones puramente externas, contextualizadas, de las ideas. La historia intelectual sólo es posible a partir del momento en que piensa al mismo tiempo los dos polos, superando esta falsa alternativa.”⁹¹

El énfasis en alguna de estas dos dimensiones de la historia intelectual está dado por la existencia y disponibilidad de las fuentes, premisa que ha derivado en la elaboración de problemas de investigación particulares. De este modo, en algunos momentos nos vemos obligados a enfatizar en el estudio del contenido de los textos elaborados por Ibáñez, procurando establecer relaciones con los soportes impresos en que se difundieron y llegaron a sus lectores como la prensa ilustrada, literaria o las revistas culturales. De allí se deriva un interés por la constitución de una opinión pública que incorporó información sobre el pasado nacional o local. Por otro lado, el estudio de la obra publicada en forma de folletos, folletines o libros nos ha exigido abordar aspectos relacionados con las prácticas de escritura, los procesos de edición y las formas de recepción y lectura por parte de nuevos públicos. Con este proceder procuramos conocer a fondo la construcción de la figura del autor de obras históricas en un momento en el

⁹⁰ CHARTIER, “Textos, impresos, lecturas”, p. 86.

⁹¹ DOSSE, *La marcha de las ideas*, p. 269.

que la Historia intentó convertirse, con resultados disímiles, en fundamento del orden social y político republicano.

Bibliografía

- ACOSTA, Carmen Elisa
Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- ANDERSON, Benedict
Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, México, FCE, 1993.
- ARCOS, Carol
“Novelas-folletín y la autoría femenina en la segunda mitad del siglo XIX en Chile”, en *Revista Chilena de Literatura*, 76 (abril de 2010), pp. 27-42.
- AURREL, Jaume, BALMACEDA, Catalina, BURKE Peter Y SOZA, Felipe
Comprender el pasado: una historia de la escritura y el pensamiento histórico, Madrid, Akal, 2013.
- AYALA MORA, Enrique (Dir.)
Historia General de América Latina, Vol. VII. Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación, 1870-1930, Madrid, Ediciones Unesco, Trotta, 2008.
- BARBIER, Frédéric
Historia del libro, Madrid, Alianza, 2005.
- BAZANT, Mílada (Coord.)
Biografía: Métodos, metodologías y enfoques, Zinacantepec, El Colegio Mexiquense, 2013.
- BAZANT, Mílada
“Lo verdadero, lo verosímil, lo ficticio”, en BAZANT, (Coord.), 2013, pp. 233-256.
- BETANCOURT MENDIETA, Alexander
América latina: cultura letrada y escritura de la historia, México, Siglo XXI, Anthropos, Universidad Autónoma San Luís Potosí, 2018.
- Historia y Nación: Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*, Medellín, La Carreta, Universidad Autónoma San Luis de Potosí, 2007.
- BOURDIEU, Pierre
Campo de poder, campo intelectual, Buenos Aires, Montessor, 2002.
- Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 2007.

“La ilusión biográfica”, en BOURDIEU, Pierre, 2007, pp. 74-83.

BUSTOS, Guillermo

El Culto a la nación: Escritura de la historia y rituales de la memoria en Ecuador, 1870-1950, Quito, FCE, Universidad Andina Simón Bolívar, 2017.

CAVALLO, Guglielmo y CHARTIER, Roger (Dirs.)

Historia de la lectura en el mundo occidental, Madrid, Taurus, [1998] 2001.

CARDONA ZULUAGA, Patricia

Trincheras de tinta: La escritura de la Historia patria en Colombia, 1850-1908, Medellín: Fondo Editorial EAFIT, 2016.

Y la historia se hizo libro, Medellín, Eafit, 2013.

“Retórica, materialidades y prácticas del saber histórico en Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX”, en *Co-herencia*, 11, 21, (julio-diciembre de 2014), pp. 69-95.

CASTILLO GÓMEZ, Antonio

“Historia de la cultura escrita: ideas para el debate”, en *Revista Brasileira da História da Educacao*, 5 (enero-junio de 2003), pp. 93-124.

CHARLE, Christophe

El nacimiento de los intelectuales, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009.

CHARTIER, Roger

“¿Qué es un texto?”, en CHARTIER, (Ed.), 2006, pp. 9-35.

Cultura escrita, literatura e historia: Coacciones transgredidas y libertades restringidas. Conversaciones con Roger Chartier, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII, Barcelona, Gedisa, 1994.

Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII: Los orígenes culturales de la Revolución Francesa, Barcelona, Gedisa, [1991] 2003.

Las revoluciones de la cultura escrita: diálogos e intervenciones, Barcelona, Gedisa, 2000.

Libros, lecturas y lectores en la edad moderna, Madrid, Alianza, 1994.

“Lo privado y lo público: construcción histórica de una dicotomía”, en *Co-herencia*, 4: 7 (julio-diciembre de 2007), pp. 65-81.

“Textos, impresos, lecturas”, en: *Revista de Historia*, 132 (1995), pp. 83-94

CHARTIER, Roger (Ed.)
¿Qué es un texto?, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2006.

CHARTIER, Roger Y ROCHE, Daniel
“El libro. Un cambio de perspectiva”, en LE GOFF Y NORA (Dir.), 1980, pp. 119-140.

CHINCHILLA PAWLING, Perla
“Las “formas discursivas”. Una propuesta metodológica”, en *Historia y Grafía*, 43 (julio-diciembre de 2014), pp. 15-40.

COLMENARES, Germán
Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX, Medellín, La Carreta, [1986], 2008.

DARNTON, Robert
“Qué es la historia del libro?”, en *Prismas*, 12 (2008), pp. 135-155.

DE CERTEAU, Michel
La escritura de la historia, México, Universidad Iberoamericana, [1975] 2010.

DOSSE, François
“La historia intelectual después del linguistic turn”, en *Historia y Grafía*, 23 (2004), pp. 17-54.

El arte de la biografía: entre historia y ficción, México, Universidad Iberoamericana, 2011.

La marcha de las ideas: Historia de los intelectuales, historia intelectual, Valencia, PUV, 2006.

FOUCAULT, Michel
“¿Qué es un autor?” en FOUCAULT, 1999, pp. 329-360.

Entre filosofía y literatura, Obras esenciales, Vol. I, Barcelona, Paidós, 1999.

GOODY, Jack (Comp.)
Cultura escrita por sociedades tradicionales, Barcelona, Gedisa, 1996.

GOLDMAN, Noemí
“Legitimidad y deliberación: el concepto de opinión pública en Iberoamérica, 1750-1850”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, 2009, pp. 981-998.

GRANADOS, Aimer (Coord.)

Las revistas en la historia intelectual de América Latina: redes, política, sociedad y cultura, México, Juan Pablos Editor, UAM-Cuajimalpa, 2012.

HILL, Christopher L.

National History and the World of Nations: Capital, State and the rhetoric of history in Japan, France and The United States, Durham, Duke University Press, 2008.

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier (Dir.)

Diccionario político y social del mundo iberoamericano La era de las revoluciones, 1750-1850-Iberconceptos I, Madrid, Fundación Carolina, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

FISH, Stanley

“¿Hay algún texto en esta clase?” en PALTÍ, [1998] 2012, pp. 217-236.

FLORES TORRES, Óscar

Historiadores de México del siglo XIX, México, Editorial Trillas, 2003.

GAZMURI, Cristián

La historiografía chilena, 1842-1970, Tomo I: 1842-1920, Santiago de Chile, Taurus, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2012.

GUERRA, François Xavier

“Entrevista con François Xavier Guerra: “Considerar el periódico mismo como un actor”, en *Debates y Perspectivas*, 3 (2003), pp. 189-201.

GUERRA, François Xavier y LEMPÉRIÈRE, Annick, et. al.

Los espacios públicos en Iberoamérica: Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX, México, Fondo de Cultura Económica, Cemca, 1998.

HABERMAS, Jürgen

Historia y crítica de la opinión pública: La transformación estructural de la vida pública, Barcelona, Gili, [1962], 1997.

HOLROYD, Michael

Cómo se escribe una vida: ensayos sobre biografía, autobiografía y otras aficiones literarias, Buenos Aires, La Bestia Equilátera, 2011.

JIMÉNEZ Arango, Raúl

“La literatura de folletín en el siglo XIX: Novelas de capa y espada y de amor apasionado”, en *Credencial Historia*, 17 (mayo de 1991), s.p., disponible en la red vía: <http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-17/la-literatura-de-folletin-en-el-siglo-xix>, [Consultado el 6 de febrero de 2017]

KOSELLECK, Reinhart
historia/Historia, Madrid, Trotta, 2010.

LACAPRA, Dominick
“Repensar la historia intelectual y leer textos”, en PALTÍ, [1998] 2012, pp. 237-293.

LE GOFF, Jacques Y NORA, Pierre (Dirs.)
Hacer la Historia, Vol. III. Objetos nuevos, Barcelona, Laia, 1980.

LEVI, Giovanni
“Los usos de la biografía”, *Historias*, 37, (octubre de 1996-marzo de 1997), pp. 14-25.

LOAIZA CANO, Gilberto
“El recurso biográfico”, *Historia Crítica*, 27 (diciembre de 2004), pp. 221-234.

“Opinión pública, lectores y lecturas (Colombia, siglo XIX)” en QUICENO, Humberto y
RECIO BLANCO, Carlos, 2010, pp. 189-226.

LORIGA, Sabina
“La escritura biográfica y la escritura histórica en los siglos XIX y XX” en *Anuario IEHS*, 27,
(2012), pp. 120-144.

LYONS, Martin
“Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros”, en CAVALLO, Guglielmo y
CHARTIER, Roger (Dirs.), 2001, pp. 539-589.

LYONS, Martin
Historia de la lectura y la escritura en el mundo occidental, Buenos Aires, Editoras del Calderón,
2012.

MAIGUASHCA, Juan
“Historians in Spanish South America: Cross-References between Centre and Periphery” en
MAIGUASHCA, J.; MACINTYRE, S y PÓK, A. (Eds.), 2011, pp. 463-487.

MAIGUASHCA, J.; MACINTYRE, S y PÓK, A. (Eds.)
The Oxford History of Historical Writing. Volume 4: 1800-1945, New York & Oxford, Oxford
University Press. 2011.

MEJÍA MACÍA, Sergio Andrés
*El pasado como refugio y esperanza: La Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada
de José Manuel Groot*, Bogotá, Universidad de los Andes, Instituto Caro y Cuervo, 2009.

*La revolución en letras: La historia de la Revolución de Colombia de José Manuel
Restrepo (1761-1863)*, Bogotá, Universidad de los Andes, Eafit, 2007.

“¿Qué hacer con las historias latinoamericanas del siglo XIX? (A la memoria del historiador Germán Colmenares)”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 34, (2007), pp. 425-458.

“La noción de historicismo americano y el estudio de las culturas escritas americanas” en *Historia Crítica*, 39 edición especial, (noviembre de 2009), pp. 246-260.

MELO, Jorge Orlando

Historiografía Colombiana: realidades y perspectivas, Medellín, Editorial Marín Vieco, 1996.

MENDIOLA, Alfonso

“Los géneros discursivos como constructores de realidad. Un acercamiento mediante la teoría de Niklas Luhmann”, en *Historia y Grafía*, 32 (2009), pp. 21-60

MOLLIER, Jean-Yves

La lectura en Francia durante el siglo XIX (1789-1914), México, Instituto Mora, 2009.

La lectura y sus públicos en la Edad Contemporánea: ensayos de historia cultural en Francia, Buenos Aires, Ampersand, 2013.

MURILLO SANDOVAL, Juan David

“La aparición de las librerías colombianas. Conexiones, consumos y giros editoriales en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Historia Crítica*, 65 (julio-septiembre de 2017), pp. 49-69.

“El Estado como librero. Políticas oficiales y cultura impresa en Colombia, 1821-1886” en RUBIO, (Ed.), 2016, pp. 271-302.

OCAMPO LÓPEZ, Javier

“Ibáñez, Pedro María”, en Vv.AA, 1989, pp. 299-300.

ONG, Walter

Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra, México, FCE, 1997.

OSTERHAMMEL, Jürgen

La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX, Barcelona, Crítica, 2015.

PALACIOS, Guillermo (Coord.)

La nación y su historia, México, El Colegio de México, 2009.

PALTI, Elías José

El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Giro Lingüístico e Historia Intelectual: Stanley Fish, Dominick Lacapra, Paul Rabinow y Richard Rorty, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, [1998] 2012.

“Guerra y Habermas: Ilusiones y realidad de la esfera pública latinoamericana” en PANI, Erika y SALMERÓN, Alicia, 2004, pp. 461-483.

PANI, Erika y SALMERÓN, Alicia (Coords.)

Conceptualizar lo que se ve: François Xavier Guerra, historiador. Homenaje, México, Instituto Mora, 2004.

PARADA, Alejandro

“La historia de la lectura revisitada. Debates en torno a la ambivalencia”, en RUBIO (Ed.), 2016, pp. 17-39.

PAS, Hernán

“La educación por el folletín: prácticas de lectura y escritura en la prensa latinoamericana del siglo XIX”, en *Cuadernos Americanos*, 151 (2015), pp. 37-61.

PETRUCCI, Armando

Alfabetismo, escritura, sociedad, Barcelona, Gedisa, 1999.

Libros, escrituras y bibliotecas, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2011.

PINEDA CUPA, Miguel Ángel

“Jorge Roa y la Librería Nueva: antecedentes y aspectos esenciales sobre el editor colombiano a finales del siglo XIX” en *Lingüística y Literatura*, 71 (2017), pp. 109-130.

PITA GONZÁLEZ, Alexandra

“Las revistas culturales como fuente de estudio de redes intelectuales”, [en línea: http://www.cialc.unam.mx/Revistas_literarias_y_culturales/PDF/Articulos/Las_revistas_culturales_como_fuente_de_estudio_de_redes_intelectuales.pdf], Consultado el 6 de septiembre de 2017.

PITA GONZÁLEZ, Alexandra y GRILLO, María del Carmen

“Una propuesta de análisis para el estudio de revistas culturales”, en *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 5: 1 (junio de 2015), s. p.

POSADA CARBÓ, Eduardo

“Prensa y opinión pública”, en AYALA MORA (Dir.), 2008, pp. 469-485

QUICENO, Humberto y RECIO BLANCO, Carlos (Comps.)

Independencia, educación y cultura: memorias del Simposio, Cali, Universidad del Valle, Instituto de Educación y Pedagogía, Alcaldía de Santiago de Cali, 2010.

REVEL, Jacques

Un momento historiográfico: trece ensayos de historia social, Buenos Aires, Manantial, 2005.

RISCO, Ana María

“El folletín, como producto de la cultura popular en la prensa de fines del siglo XIX. Entre el estereotipo y el reconocimiento de un género en el diario El Orden”, en Actas del IV Congreso

Internacional Latina de Comunicación Social, Universidad de La Laguna, diciembre 2012. Disponible en la red vía: http://www.revistalatinacs.org/12SLCS/2012_actas/054_Risco.pdf [Consultado el 18 de marzo de 2017]

RIVAS, Ricardo Alberto

Historiadores del siglo XIX y la Historia de América, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1995.

RUBIO, Alfonso (Ed.)

Minúscula y plural: Cultura escrita en Colombia, Medellín, La Carreta Editores, 2016.

SILVA, Renán

“Prácticas de lectura, ámbitos privados y formación de un espacio público moderno. Nueva Granada a finales del Antiguo Régimen”, en GUERRA, François Xavier y LEMPÉRIÈRE, Annick, 1998, pp. 80-106.

SCHORSKE, Carl

La Viena de fin de siglo: política y cultura, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

SKINNER, Quentin

Lenguaje, política e historia, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

THÉRENTY, Marie-Ève

La invención de la cultura mediática: Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX, México, Instituto Mora, 2013.

URREJOLA, Bernarda

“El concepto de literatura en un momento de su historia: el caso mexicano, 1750-1850”, en *Historia Mexicana*, 60: 239 (enero-marzo 2011), pp. 1683-1732.

VAN HORN MELTON, James

La aparición del público durante la Ilustración europea, Valencia, PUV, 2009.

VASCO, Juliana

“Mujeres y obreros: Los nuevos lectores de las dos últimas décadas del siglo XIX colombiano”, en *Lingüística y Literatura*, 71 (2017), pp. 89-107.

VV.AA

Gran Enciclopedia de Colombia, Tomo IX, Bogotá, Círculo de Lectores, 1989.

WASSERMAN, Fabio

Entre Clío y la Polis: Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de La Plata (1830-1860), Buenos Aires, Teseo, 2008.

ZERMEÑO, Guillermo

La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica, México, El Colegio de México, [2002], 2010.

“Apropiación del pasado, escritura de la historia y construcción de la nación en México” en PALACIOS (Coord.), 2009, pp. 81-112.

“Historia, experiencia y modernidad en Iberoamérica, 1750-1850”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, 2009, pp. 551-579.